

EL BARCO



DE VAPOR

Christine Nöstlinger

Ana está furiosa

Ilustraciones de Arnal Ballester



Ana es una niña con un gran problema: se enfada por todo. Cualquier cosa la pone furiosa. Aunque todos intentan ayudarla, ella no lo acepta y se pone aún más agresiva con quien lo intenta. Ella también se da cuenta de su comportamiento y quiere cambiar. Pero no lo consigue. Su abuelo le compra un tambor. Cuando está enfadada, lo toca y el enfado se le pasa. Así logra vencer su problema. Ana ya no se enfada tanto y todos quieren ser sus amigos y desean que toque el tambor.



Christine Nöstlinger

Ana está furiosa

Serie Blanca - 49 (El barco de vapor)

ePUB r1.0
Tiver 22.02.2013

Titulo original: *Anna und die Wut*

Christine Nöstlinger, 2001

Ilustraciones: Arnal Ballester

Editor digital: Tiver

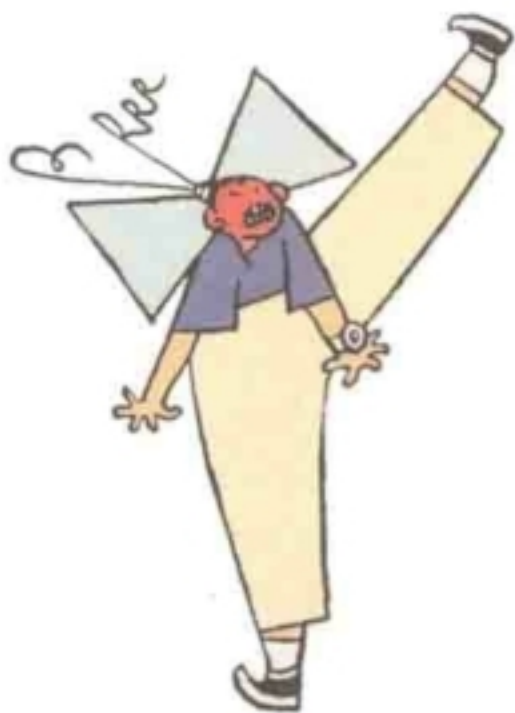
ePub base r1.0





Había una vez una niña llamada Ana que tenía un problema muy grande. Siempre se estaba poniendo furiosa. Mucho más deprisa y muchas más veces que los demás niños. ¡Terriblemente furiosa!

Cuando se enfadaba, las mejillas se le ponían rojas como tomates, los cabellos se le erizaban, crujían y lanzaban chispas, y sus ojos gris claro brillaban negros como cuervos.



Cuando Ana estaba furiosa, tenía que gritar y berrear, tenía que patear con los pies y golpear con los puños. Tenía que morder, escupir y pisotear.



A veces, se tiraba al suelo y daba golpes a su alrededor.



Ana no podía hacer nada para evitar aquellos enfados.



Pero nadie lo creía. Ni su madre, ni su padre, ni los otros niños.
Se reían de ella y decían:
—¡Es imposible jugar con Ana!



Y lo peor era que, cuando Ana estaba furiosa, se metía con todos los que estaban cerca de ella. Incluso con los que no le habían hecho nada.



Cuando tropezaba y se caía mientras estaba patinando, se ponía furiosa. Y si se acercaba Berti para ayudarla a levantarse, Ana gritaba:

—DÉJAME EN PAZ, TONTO.



Si quería peinar con trenzas a su muñeca Anita y no lo conseguía, porque el pelo de la muñeca era demasiado corto, se ponía furiosa y lanzaba a Anita contra la pared.



Si le pedía un caramelo a su madre y ella no se lo daba, se ponía furiosa y pegaba un pisotón a su padre. Sólo porque los pies de él estaban en ese momento más cerca de Ana que los de su madre.



Si Ana construía una torre y ésta se caía antes de estar terminada, se ponía furiosa y lanzaba las piezas por la ventana.



No le importaba darle al gato en la cabeza.



Cuando más furiosa se ponía era cuando se reían de ella. Hasta llegaba a lanzarse sobre los chicos mayores.



¡Pero los mayores eran mucho más fuertes que ella!

Un día, dos la agarraron de los brazos y dos la agarraron de las piernas. Y corrieron por todo el parque mientras Ana chillaba y maldecía, y ellos gritaban:

—¡Cuidado, cuidado, que va a explotar de la furia!

Los demás niños no paraban de reír.



A veces, ella misma se hacía daño cuando se ponía furiosa.
Una vez, golpeó la pata de la mesa y se torció el tobillo.



Otra vez, se dio con la puerta y el codo se le puso morado.



En una ocasión, se mordió un dedo con tanta fuerza, que hasta le salió sangre. Tuvo que pasarse dos semanas con el dedo gordo vendado.

—¡Esto no puede continuar así! —dijo su madre—. Ana, tienes que aprender a tragarte tus enfados.



Ana se esforzó por conseguirlo. Cada vez que sentía que la furia se apoderaba de ella, se la tragaba.

Para poder tragar mejor, se bebió litros y litros de agua. Pero sólo consiguió tener hipo y que le pesara la tripa. Y aún se enfureció más.



—¡Esto no puede continuar así! —dijo su padre— Ana, si no te la puedes tragar, simplemente evita que aparezca.



Ana se esforzó mucho. Como no quería que apareciera la furia, huyó de los chicos mayores, y de

los pequeños también. Así nadie se reiría de ella.

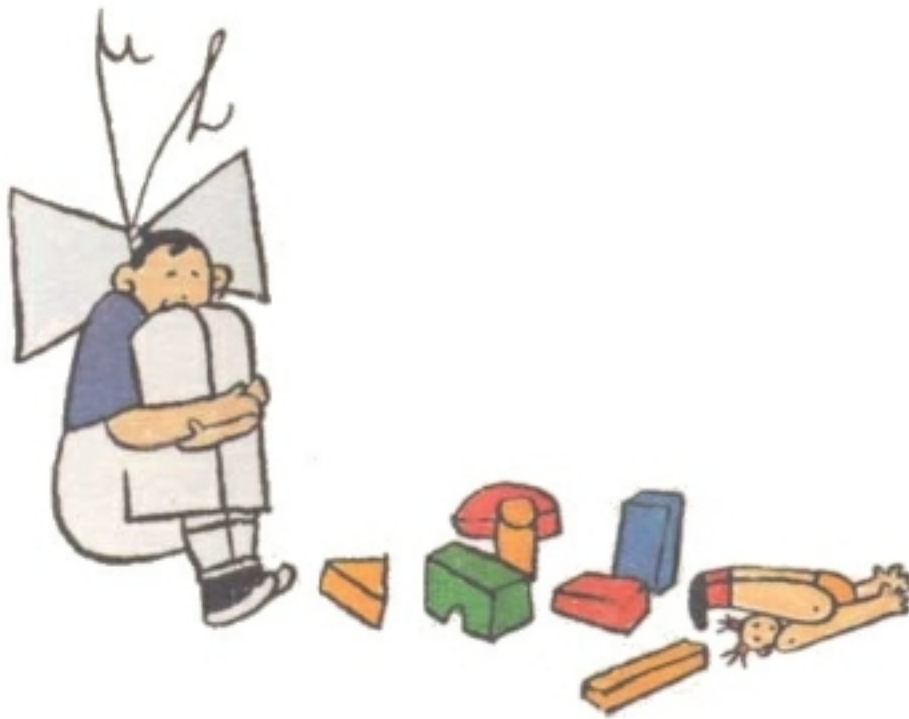


No fue más a patinar.

No volvió a jugar con Anita.

No pidió caramelos a su madre.

No construyó más torres.



Tampoco volvió al parque. Se quedó en casa, sentada en su habitación, en su sillón de mimbre, con los codos sobre las rodillas y mirando fijamente hacia delante.

—¡Esto no puede continuar así! —dijeron sus padres.

—¡Sí! —afirmó Ana— Si me quedo aquí sentada, no habrá nada que me enfurezca.



—¿No quieres hacer punto? —preguntó su madre.

—¡No! —respondió Ana— Se me saldrá un punto y me pondré furiosa.

—¿No quieres mirar por la ventana? —preguntó su padre.

—¡No! —respondió Ana—. Puedo ver algo que me ponga furiosa.



Y se quedó sentada en su sillón de mimbre hasta que el domingo llegó el abuelo de visita.



Traía un tambor y dos palillos para su nieta.

Dijo:

—Ana, con el tambor asustarás a la furia.

Al principio, la niña no se lo creyó. Pero como el abuelo nunca le había mentado, decidió probar.

Primero, tenía que ponerse muy furiosa.

Así que sacó las piezas, construyó una torre y le dijo al abuelo:

—¡Si no llega a medir dos metros, me dará un ataque de furia!



No llegaba a un metro de altura, cuando se cayó.

—¡Qué porquería! —gruñó Ana.

El abuelo le puso los palillos entre las manos, le sujetó el tambor con un cinturón, ¡y Ana empezó a tocar!

El abuelo no la había engañado. ¡El tambor asustaba a la furia!

A Ana hasta le daba risa ver la torre caída.



Durante todo el domingo, Ana hizo cosas que siempre la hacían enfadar. Quería ponerse furiosa enseguida. Así que empezó a coser un botón. Al momento, se le hicieron cuatro nudos en el hilo y sintió que se le erizaba el pelo.

Rompió el hilo y empezó a tocar el tambor. Su pelo volvió a ser tan suave como la seda. ¡Su furia había desaparecido!



Luego, corrió al cuarto de estar y encendió el televisor. Ponían una película policiaca. Su madre, que no se las dejaba ver, apagó el televisor. Las mejillas de Ana se pusieron rojas de furia.



Tuvo que tocar el tambor durante mucho tiempo, pero volvió a conseguirlo.



El color rojo desapareció, y estaba totalmente tranquila cuando, por fin, dejó el tambor.
El lunes, Ana fue al parque con el tambor.
—¡Aquí llega la niña furiosa! —gritó un chico, y los demás se rieron.



Los ojos de Ana brillaban, negros como cuervos, mientras golpeaba el tambor y desfilaba delante de los chicos.



Los niños abrieron asombrados los ojos y la boca, y empezaron a marchar detrás de Ana.

Ana dio tres veces la vuelta al parque. Luego dejó caer los palillos del tambor. Los niños aplaudieron y gritaron:

—¡Qué bien tocas el tambor!

Y lo decían de verdad.



Desde entonces Ana lleva siempre, de la mañana a la noche, el tambor atado a la cintura. Los palillos cuelgan de su cinturón. Y ningún niño dice ya:

¡Ana está como una cabra!



Todos quieren jugar con ella. Siempre le están diciendo:

—¡Anda, sé buena, toca un poquito el tambor!

A Ana le gusta portarse bien. Y, poco a poco, se le está olvidando la manera de ponerse furiosa.





CHRISTINE NÖSTLINGER. (Viena, Austria, 13 de octubre de 1936) es una de las más reconocidas escritoras de literatura juvenil en lengua alemana.

Nació en el seno de una familia humilde y antifascista. Al finalizar el bachillerato sintió atracción por las Bellas Artes y se dedicó con pasión a la pintura. Su primer libro consistió en unos dibujos a los que añadió un texto, pero la crítica se fijó en el texto y se olvidó de las ilustraciones. A partir de esa frustración comenzó una carrera literaria rutilante.

Su primer libro fue "*Die feuerrote Friederike*", publicado en 1970 e ilustrado por ella misma. Sus libros, que nacen de problemas reales, abordados sin dramatismo y casi siempre con humor o ironía, han recibido los mayores galardones, hasta culminar en el año 1984 con el premio Andersen.